

## Documento 8

### *John Taylor Gatto, conseguir o recibir*

**D**urante treinta años fui profesor en algunos de los peores colegios de Manhattan, y en alguno de los mejores, y durante ese tiempo me convertí en un experto en aburrimiento. El aburrimiento estaba presente en todo mi mundo y si le preguntabas a los chicos, como yo hacía a menudo, *por qué* estaban tan aburridos, siempre me daban las mismas respuestas: decían que el trabajo era estúpido, que no tenía sentido, que ya se lo sabían; decían que querían hacer algo real, no limitarse a quedarse sentados; decían que los profesores no parecían saber demasiado de la asignatura y que estaba claro que no tenían interés en aprender nada más al respecto. Y los alumnos tenían razón: sus profesores estaban tan aburridos como pudieran estarlo ellos.

El aburrimiento es el mal común de los profesores de colegio, y cualquiera que pase algún tiempo en una sala de profesores podrá comprobar la escasa energía,

John Taylor Gatto (1935 -2018) fue profesor de lo que en España llamaríamos hoy Educación Secundaria Obligatoria. Abandonó la docencia en un remoto 1991, dato que subrayo porque su libro, *Armas de instrucción masiva*, hace un balance nada halagüeño de un sistema educativo, que el autor parece entender como herramienta para el adoctrinamiento, al estilo de lo señalado por Chomsky, del que desertó ya en una época que, para muchas personas de mi generación, consideran dorada en comparación con la actual. La nostalgia siempre nos juega malas pasadas. No es cierto que cualquier tiempo pasado fuese mejor.

los quejidos y las actitudes de desánimo que uno se encuentra allí. Cuando se les pregunta *por qué* están aburridos, los profesores tienden a echarles la culpa a los alumnos, como cabría esperarse. ¿Quién no se aburriría enseñando a unos alumnos que son maleducados y sólo se preocupan por las notas? Ni siquiera eso. Evidentemente, los profesores son producto del mismo programa de doce años de escolarización obligatoria que tan profundamente aburren a sus alumnos y, como empleados del colegio, se encuentran atrapados dentro de unas estructuras incluso más rígidas que las impuestas a los estudiantes. ¿Quién tiene la culpa, entonces?

[...]

[...] Mi experiencia me reveló lo que muchos profesores aprenden por el camino, pero que se guardan para ellos mismos por miedo a las represalias: si queremos, podemos desprendernos con facilidad y escaso coste de las viejas y estúpidas estructuras y ayudar a los chicos a *conseguir* una educación, en vez de limitarse a *recibir* una escolarización. Podemos fomentar las mejores cualidades de la juventud –curiosidad, aventura, tolerancia, capacidad para encontrar puntos de vista sorprendentes– sencillamente siendo más flexibles con los horarios, los textos y los exámenes; presentando a los chicos a adultos verdaderamente competentes y concediendo a cada alumno la autonomía que necesita para correr un riesgo de vez en cuando.

Puedo dar fe. Durante cuatro escasas semanas fui profesor de Educación Secundaria Obligatoria en un instituto público. No es una experiencia amplia precisamente y no puedo sacar demasiadas conclusiones. Sin embargo, admito que sí resultó suficiente para darme cuenta de una cosa: los profesores que me encontré parecían estar tan desmotivados y quejumbrosos como los alumnos, si es que no más.

Pero no es lo que hacemos. Y cuanto más preguntaba por qué no lo hacíamos y le daba vueltas al *problema* de la escolaridad como pudiera hacerlo un ingeniero, más me desviaba de la cuestión: ¿y si en realidad no hay ningún *problema* con nuestros colegios? ¿Qué pasaría si resulta que hacen por completo caso omiso al sentido común y a la amplia experiencia que poseemos sobre cómo los niños aprenden las cosas no porque estén haciéndolo mal, sino porque están haciéndolo bien?

John Taylor Gatto, *Armas de instrucción masiva. El viaje de un profesor de escuela por el proceloso mundo de la enseñanza obligatoria*, Córdoba, Almuzara, 2016, pp. 13-15

Traducción de José Miguel Parra

Notas al margen del profesor